

# "Padre, amigo, catequista"

*Nacido en Santa Fe, vivió desde niño en Belén, Catamarca. En esa Diócesis fue consagrado sacerdote y ejerció su ministerio. En Europa, realizó estudios de Liturgia y Catequesis. Luchador incansable de la renovación catequística en nuestro país, trabajó en las Comisiones Episcopales de Catequesis y Liturgia. En 1982, fue consagrado Obispo de Orán, y desde 1994 ejerció el ministerio en la Diócesis de Santiago del Estero, donde falleció en un accidente el 4 de septiembre de 1998.*

## Queridas amigas y amigos:

Hubiera deseado no tener que escribirles nunca una carta como ésta. Quiso la irresponsabilidad humana que me vea obligado a escribirla; y hoy lloramos la ausencia de nuestro catequista mayor, Gerardo Sueldo. Quiero dar testimonio, ante todos Uds. quién era Gerardo como catequista, padre, pastor y amigo. Creo estar en condiciones de hacerlo, porque treinta años de trabajo en la misma tarea, amistad de por medio, me lo permite. Para hacerlo, no voy a contarles su biografía, simplemente recordar algunos hechos.

En sus tiempos catamarqueños, como Director Diocesano de Catequesis, fue admirador de Mons. Raspanti, en aquel entonces presidente del Equipo Episcopal de Catequesis y de alguna manera, padre de todos nosotros en el camino de la catequesis pos-conciliar. Gerardo tenía la misma firmeza en sus convicciones y lo manifestó como Director Diocesano de Catequesis en Catamarca, como delegado del NOA en la Junta Catequística Central y finalmente como Obispo, primero de Orán, luego de Santiago del Estero. Pero siempre siguió siendo el apasionado de la catequesis, con una visión clara de lo que tenía que ser. Integró la Comisión Episcopal de Catequesis casi sin interrupción. Fue bajo su presidencia en esta Comisión que se celebró el Segundo Congreso Nacional de Catequesis en Rosario. También fue iniciativa de suya transformar las conclusiones de este congreso en un documento magisterial. Así vio la luz "Juntos para una Evangelización Permanente", documento que nos inspira hasta hoy y acerca del cual afirmó, en marzo del presente año, que debe seguir siendo nuestro documento de trabajo y concientización, siempre. Invitó a toda la JCC a esforzarnos para que este documento siga siendo motivador de nuestra pastoral catequística.

La catequesis, como un camino de crecimiento y maduración en la fe en un contexto comunitario eclesial, que da sentido a la vida, era su caballo de batalla. Tenía plena conciencia que eso nos exigía, a toda la Iglesia, un gran esfuerzo y un cambio de mentalidad. Pero siempre insistió en la necesidad de "abrir" la catequesis, superando su relación casi exclusiva con los sacramentos de iniciación.

Alguna vez dije, con relación a Gerardo y la renovación de la catequesis que, cuando nosotros

íbamos, el ya volvía. En el Congreso Internacional de Catequesis no dudó en hablar del peligro de una involución en la catequesis si no se llegara a dar un correcto uso al Catecismo de la Iglesia Católica. A capa y espada defendía lo que consideraba justo.

Daba la cara, y creo que dio la vida (toda su vida), por una Iglesia comprometida con el Evangelio, y al servicio del Reino. No en vano los santiagueños quisieron enterrar, junto con el cuerpo de su obispo, una cadena rota: afirmar que les enseñó el duro camino de la libertad, lejos del servilismo, de la obsecuencia, de la renuncia a la responsabilidad. Y en este camino consideraba claves la comunión y la participación.



Como secretario ejecutivo de la Comisión Episcopal de Catequesis y como director de la Junta Catequística Central fui testigo de su firmeza, sus luchas, su transparencia. También de sus modos de encarar contratiempos y adversidades. Y si alguien quiso enfrentarlo poniéndose en el papel de enemigo, nunca encontró con quien pelear: no era enemigo ni adversario de nadie, sino defensor de actitudes y convicciones eclesiales, aun cuando el otro quisiera enfrentamientos; los santiagueños pueden dar fe, y yo con ellos.

Mediante obras y palabras enseñó. Y sus lecciones son múltiples: la libertad no se otorga ni se recibe: se la conquista. Los lugares no se ceden: se ocupan. Y la fe, don gratuito, crece y madura en la vida diaria, vivida en Comunidad Cristiana, y por ende en presencia de Cristo.

Perdimos un padre, un amigo, un catequista. Ganamos un intercesor. Seamos fieles al legado que nos dejó, seamos fieles a Dios que nos regaló, durante tantos años, un Signo de su fidelidad, referencia segura para nuestro andar. Y desde el lugar que, seguramente, el Señor le tenía reservado, cuidará de nosotros y nos seguirá acompañando; y aunque sea de otro modo, seguramente no de una manera menos eficaz. Doy gracias a Dios por el pastor, catequista y amigo que me regaló durante treinta años. Lamento que no esté más. Extrañaré sus opiniones, sus risas, su cordialidad, su fidelidad. Pero seguirá siendo estímulo, así espero, por el resto de mi vida. Ojalá lo sea para muchos. Oremos por nuestra Iglesia y por los agentes de la pastoral catequística en ella.

*Pbro. Francisco Van Den Bosch*